

Las manos fuertes

- A la tarde no habrá nadie en casa – me dijo en el recreo, y mi corazón asomó por entre las amígdalas. *Nadie en casa...* Ésa chica bonita y viváz, ésa niña divina con algo fascinante y familiar en el rostro, me estaba mirando con una expresión ansiosa y traviésa a la vez, sus ojos clavados en los míos. Élla estaba en cuarto y yo en quinto, y si debo ser sincero, me aterraba la idea de que su padre me sorprendiera in fraganti, teniendo sexo con su hija en su propia casa. Un padre atlético y robusto, y afecto a los deportes, el muy cretino. Un hombretón que me podía desintegrar con una mano atada a la espalda, si se lo proponía. Pero qué diablos, igual le dije que sí... *Claro* que le dije que sí. Habría aceptado una cita a solas con esa criatura angelical aunque me hubieran opuesto una división blindada.

Alguna vez, una psicóloga me miró sonriendo y sentenció *qué tendrás bloqueado de tu infancia, chavál*, y me hizo ver que soy un idiota para expresar afecto. No usó la palabra *idiota*, pero ella sentía que era su deber advertírmelo. Y sé que lo soy, que es cierto. Por qué, todavía es un misterio. Supongo que todos nacemos con carencias y yo, entre otras, he nacido con ésta, la de mantener a la gente a distancia y no dejarme querer, mantener esa puerta cerrada. Pero por algún motivo, con ella no me pasó nunca, ni siquiera al principio; cada vez que estoy en su presencia me siento más cómodo, más natural. De todos modos me prometí ser tierno esa tarde, y no abalanzarme sobre ella como un hipopótamo en celo.

Entramos por la puerta del fondo, la de la cocina, para escapar de la mirada indiscreta de algún vecino, y nos fuimos escaleras arriba. Comprendí que estábamos entrando a su cuarto, luminoso y colorido, y

eché un vistazo a la cámara con mariposas en el estómago. Ella caminó hacia la ventana para correr las cortinas, y yo le puse las manos en la cintura desde atrás. Y con nuestros cuerpos tocándose, a instantes de hacer el amor, terminé de aceptarlo cautivado que estaba por ella. Hubiera desafiado al mundo para poder estar allí, juntos y a solas. Y mientras le empezaba a sacar suavemente la ropa y tocaba su piel, le agradecí en silencio a la vida por haberla puesto a mi alcance.

No tuve inconvenientes en manifestar mi afecto; no hubo ningún bloqueo de mi parte. De hecho nos desbloqueamos dos veces, con maravillosa torpeza pero con alegría y pasión. Y al cabo, exhaustos y felices, nos volvimos a vestir y nos fuimos escaleras abajo. Yo me sentía derretir de felicidad y de alivio, porque ahora sí, ahora nada podía salir mal. Este era el mejor día de mi vida. Y si Schwarzenegger regresaba, pues no había nada tremendo: éramos dos compañeros de colegio, y yo estaba allí para ayudar a su hija con la tarea. Lo que él no habría de saber es la forma en que la ayudaba. En su ausencia, claro.

- ¿Quieres un café...? ¿O un té? -me preguntó desde la cocina mientras yo deambulaba por la sala. Acepté un café mientras observaba esas cosas ajenas, diferentes, eso que es familiar sólo para quienes viven allí. La araña elaborada, colgando muy baja... La mesa tan distinta a la de casa, las sillas más altas, los cuadros extraños, abstractos... Los sillones oscuros, algo intimidantes, y las cortinas muy blancas y largas, casi tocando el suelo.

Y entonces la vi, una foto grande entre retratos más pequeños en la repisa de la chimenea. De pronto algo me empieza a estallar en cámara lenta en la cabeza; ese rostro me perturba de una manera inimaginable. Algo me cruje en el cerebro, algo se quiebra. Hay un compartimiento que de pronto deja de ser estanco, y me siento al borde de las lágrimas

sin siquiera saber por qué. El triciclo... El triciclo rojo, el patio de casa, la acera en declive... ¿Cómo pude olvidarme de todo eso...? Las manos fuertes, las manos ajenas que me levantan del triciclo y me llévan al coche. ¿Cómo al coche, si no tenemos coche? Mi mamá, quiero ir con mi mamá...

El corazón amenaza con dejar de latir y las piernas apenas me sostienen. No me atrevo a preguntarle, pero a la vez no puedo *evitar* preguntarle por esa foto, por ese rostro que me convierte en niño. Que me vuelve vulnerable como jamás lo fui en la vida, y que me causa una zozobra que no me deja respirar.

– Es mi madre... O era –me replica, su voz más suave y más triste–. Falleció hace mucho, cuando yo era niña... Dícen que fue un cáncer, pero mi tía me contó que no... Que se dejó morir de tristeza cuando raptaron a mi hermano.

